

Volvió en sí en un hospital, en un cuarto pequeño donde todo era blanco y escrupulosamente limpio, entre tanques de oxígeno y frascos de suero, sin poder moverse ni hablar, sin permiso de recibir visitas. Con la conciencia vino también la desesperación de encontrarse hospitalizado y de una manera tan estricta. Todos sus intentos de comunicarse con su oficina, de ver a su secretaria, fueron inútiles. Los médicos y las enfermeras le suplicaban a cada instante que descansara y se olvidara, por un tiempo, de todas las cosas, que no se preocupara por nada. «Su salud es lo primero, descanse usted, repose, repose, trate de dormir, de no pensar...» Pero ¿cómo dejar de pensar en su oficina abandonada de pronto sin instrucciones, sin dirección? ¿Cómo no preocuparse por sus negocios y todos los asuntos que estaban pendientes? Tantas cosas que había dejado para resolver al día siguiente. Y la pobre Raquel sin saber nada... Su mujer y sus hijos eran acompañantes mudos. Se turnaban a su cabecera pero tampoco lo dejaban hablar ni moverse. «Todo está bien en la oficina, no te preocupes, descansa tranquilo.» Él cerraba los ojos y fingía dormir, daba órdenes mentalmente a su secretaria, repasaba todos sus asuntos, se desesperaba. Por primera vez en la vida se sentía maniatado, dependiendo sólo de la voluntad de otros, sin poder rebelarse porque sabía que era inútil intentarlo. Se preguntaba también cómo habrían tomado sus amigos la noticia de su enfermedad, cuáles habrían sido los comentarios. A veces, un poco adormecido a fuerza de pensar y pensar, identificaba el sonido del oxígeno con el de su grabadora, y sentía entonces que estaba en la oficina dictando como acostumbraba hacerlo, al llegar por las mañanas; dictaba largamente hasta que, de pronto y sin tocar la puerta, entraba su secretaria con una enorme jeringa de inyecciones y lo picaba cruelmente; abría entonces los ojos y se encontraba de nuevo allí, en su cuarto del hospital.

Todo había empezado de una manera tan sencilla que no le dio importancia. Aquel dolorcillo tan persistente en el brazo derecho, lo había atribuido a una simple reuma ocasionada por la constante humedad del ambiente, a la vida sedentaria, tal vez abusos en la bebida... tal vez. De pronto sintió que algo por dentro se le rompía, o se abría, que estallaba, y un dolor mortal, rojo, como una puñalada de fuego que lo atravesaba; después la caída, sin gritos, cayendo cada vez más hondo, cada vez más negro, más hondo y más negro, sin fin, sin aire, en las garras de la asfixia muda.

Después de algún tiempo, casi un mes, le permitieron irse a su casa, a pasar parte del día en un sillón de descanso y parte recostado en la cama.

Días eternos sin hacer nada, leyendo sólo el periódico, y eso después de una gran insistencia de su parte. Contando las horas, los minutos, esperando que se fuera la mañana y viniera la tarde, después la noche, otro día, otro, y así... Aguardando con verdadera ansiedad que fuera algún amigo a platicar un rato. Casi a diario les preguntaba a los médicos con marcada impaciencia, cuándo estaría bien, cuándo podría reanudar su vida ordinaria.

«Vamos bien, espere un poco mas.» «Tenga calma, esas cosas son muy serias y no se pueden arreglar tan rápidamente como uno quisiera.

Ayúdenos usted...» Y así era siempre. Nunca pensó que le llegara a pasar una cosa semejante, él que siempre había sido un hombre tan sano y tan lleno de actividad. Que tuviera de pronto que interrumpir el ritmo de su vida y encontrarse clavado en un sillón de descanso, allí en su casa, a donde desde algunos años atrás no iba sino a dormir, casi siempre en plena madrugada; a comer de vez en cuando (los cumpleaños de sus hijos y algunos domingos que pasaba con ellos). En la actualidad sólo hablaba con su mujer lo más indispensable, cosas referentes a los muchachos que era necesario discutir o resolver de común acuerdo, o cuando tenían algún compromiso social, de asistir a una fiesta o de recibir en su casa. El alejamiento había surgido a los pocos años de matrimonio. Él no podía atarse a una sola mujer, era demasiado inquieto, tal vez demasiado insatisfecho. Ella no lo había comprendido. Reproches, escenas desagradables, caras largas... hasta que al fin acabó por desentenderse totalmente de ella y hacer su vida como mejor le complacía. No hubo divorcio; su mujer no admitía esas soluciones anticatólicas, y se concretaron sólo a ser padres para los hijos y a cumplir con las apariencias. Había llegado a serle tan extraña que ya no sabía qué platicarle ni qué decirle.

Ahora ella lo atendía con marcada solicitud, que él no llegaba a entender si era todavía un poco de afecto, sentido del deber, o tal vez lástima de verlo tan enfermo. Como fuera, se encontraba bastante incómodo ante ella, no porque sintiera remordimientos de ninguna especie (nunca había tenido remordimientos en la vida), sólo su propio yo tenía validez, los otros funcionaban en relación con su deseo.

Pocos amigos lo visitaban. Los más íntimos: «¿Cómo te sientes?»,

«¿qué tal va ese ánimo?», «hoy te ves muy bien», «hay que darse valor, animarse», «pronto estarás bien», «tienes muy buen semblante, no pareces enfermo» (entonces sentía unos deseos incontrolables de gritar que no estaba enfermo del semblante, que cómo podían ser tan imbéciles), pero se contenía; lo decían seguramente de buena fe, además no era justo portarse grosero con quienes iban a platicar un rato con él y a distraerlo un poco.

Esos momentos con sus amigos y los ratos que pasaba con sus hijos cuando no iban a clases, eran su única distracción.

Todos los días aguardaba el momento en que su mujer se metía bajo la regadera, entonces descolgaba el teléfono y en voz muy baja le hablaba a Raquel. A veces ella le contestaba al primer timbrado; otras tardaba; otras no contestaba; él imaginaba entonces cosas que lo torturaban terriblemente: la veía en la cama, en completo abandono, acompañada todavía, sin oír siquiera el timbre del teléfono, sin acordarse ya de él, de todas sus promesas... En esos momentos quería aventar el teléfono y las mantas que le calentaban las piernas, y correr, llegar pronto, sorprenderla (todas eran iguales, mentirosas, falsas, traidoras, «el muerto al hoyo y el vivo al pollo», miserables, vendidas, cínicas, poca cosa, pero de él no se burlaría, la pondría en su lugar, la botaría a la calle, a donde debía estar, la enseñaría a que aprendiera a comportarse, a ser decente, se buscaría otra muchacha mejor y se la pondría enfrente, ya vería la tal Raquel, ya vería...). Pálido como un

muerto y todo tembloroso, pedía a gritos un poco de agua y la pastilla calmante. Otro día ella contestaba el teléfono rápidamente y todo se le olvidaba.

Los días seguían pasando sin ninguna mejoría. «Debe usted tener paciencia, ésta es una cosa lenta, ya se lo hemos dicho, espere un poco más.» Pero él empezó a observar cosas bastante evidentes: las medicinas que disminuían o se tornaban en simples calmantes; pocas radiografías, menos electrocardiogramas; las visitas de los médicos cada vez más cortas y sin comentarios; el permiso para ver a su secretaria y tratar con ella los asuntos más urgentes; la notable preocupación que asomaba a los rostros de su mujer y de sus hijos; su solicitud exagerada al no querer ya casi dejarlo solo, sus miradas llenas de ternura... Desde algunos días atrás su mujer dejaba abierta la puerta de la recámara, contigua a la de él, y varias veces durante la noche le daba vueltas con el pretexto de ver si necesitaba algo.

Una noche que no dormía la oyó sollozar. No tuvo más dudas entonces, ni abrigó más esperanzas. Lo entendió todo de golpe, no tenía remedio y el fin era tal vez cercano. Experimentó otro desgarramiento, más hondo aún que el del ataque. El dolor sin límite ni esperanza de quien conoce de pronto su sentencia y no puede esperar ya nada sino la muerte; de quien tiene que dejarlo todo cuando menos lo pensaba, cuando todo estaba organizado para la vida, para el bienestar físico y económico; cuando había logrado cimentar una envidiable situación; cuando tenía tres muchachos inteligentes y hermosos a punto de convertirse en hombres; cuando había encontrado una chica como Raquel. La muerte no estuvo nunca en sus planes ni en su pensamiento. Ni aun cuando moría algún amigo o algún familiar pensaba en su propia desaparición; se sentía lleno de vida y de energías. ¡Tenía tantos proyectos, tantos negocios planeados, quería tantas cosas! Deseó ardientemente, con toda su alma, encontrarse en otro día, sentado frente a su escritorio dictando en la grabadora, corriendo de aquí para allá, corriendo siempre para ganarle tiempo al tiempo. ¡Que todo hubiera sido una horrible pesadilla! Pero lo más cruel era que no podía engañarse a sí mismo. Había ido observando día a día que su cuerpo le respondía cada vez menos, que la fatiga comenzaba a ser agobiante, la respiración más agitada.

Aquel descubrimiento lo hundió en una profunda depresión. Así pasó varios días, sin hablar, sin querer saber de sus negocios, sin importarle nada.

Después, y casi sin darse cuenta, empezó, de tanto pensar y pensar en la muerte, a familiarizarse con ella, a adaptarse a la idea. Hubo veces en que casi se sintió afortunado por conocer su próximo fin y no que le hubiera pasado como a esas pobres gentes que se mueren de pronto y no dan tiempo ni a decirles «Jesús te ayude»; los que se mueren cuando están durmiendo y pasan de un sueño a otro sueño, dejándolo todo sin arreglar. Era preferible saberlo y preparar por sí mismo las cosas: hacer su testamento correctamente, y también ¿por qué no? dejar las disposiciones para el entierro. Quería ser enterrado, en primer lugar, como lo merecía el hombre que trabajó toda la vida hasta lograr una respetable posición económica y social y, en segundo término, a su gusto y no a gusto y conveniencias de los demás. «Ya todo es igual, para qué tanta ostentación, son vanidades que ya no tienen sentido», eso solían opinar siempre los familiares de los muertos.

Pero para quien lo dejaba todo, sí tenía sentido que las dos o tres cosas últimas que se llevaba fueran de su gusto. Empezó por pensar cuál sería el cementerio conveniente. El Inglés tenía fama de ser el más distinguido y por lo tanto debía ser el más costoso. Allí fue a enterrar a dos amigos y no lo encontró mal ni deprimente; parecía más bien un parque, con muchas estatuas y prados muy bien cuidados. Sin embargo se respiraba allí una cierta frialdad establecida: todo simétrico, ordenado, exacto como la mentalidad de los ingleses y, para ser sincero consigo mismo, nunca le habían simpatizado los ingleses con su eterna careta de serenidad, tan metódicos, tan puntuales, tan llenos de puntos y comas. Siempre le costó mucho trabajo entenderlos las ocasiones en que tuvo negocios con ellos; eran minuciosos, detallistas y tan buenos financieros que le producían profundo fastidio. Él, que era tan decidido en todas sus cosas, que se jugaba los negocios muchas veces por pura corazonada, que al tomar una decisión había dicho su última palabra, que cerraba un negocio y pasaba inmediatamente a otro, no soportaba a aquellos tipos que volvían al principio del asunto, hacían mil observaciones, establecían cláusulas, imponían mil condiciones, ¡vaya que eran latosos!... Mejor sería pensar en otro cementerio. Se acordó entonces del Jardín, allí donde estaba enterrada su tía Matilde. No cabía duda de que era el más bonito: fuera de la ciudad, en la montaña, lleno de luz, de aire, de sol (por cierto que no supo nunca

cómo había quedado el monumento de su tía; no tenía tiempo para ocuparse de esas cosas, no por falta de voluntad, ¡claro!; su mujer le contó que lo habían dejado bastante bien). Allí también estaba Pepe Antúnez, ¡tan buen amigo, y qué bueno era para la copa!, nunca se doblaba, aguantaba hasta el final. Ya cuando estaba alegre, le gustaba oír canciones de Guty Cárdenas, y por más que le dijeron que dejara la copa nunca hizo caso. «Si no fuera por éstas —decía levantando la copa— y una o dos cosas más, ¡qué aburrida sería la vida!» Y se murió de eso. Él tampoco había sido malo para la copa: unos cuantos whiskys para hacer apetito, una botella de vino en la comida, después algún coñac o una crema y, si no hubiera sido porque tenía demasiados negocios y le quedaba poco tiempo, a lo mejor habría acabado como el pobre Pepe... Pensó también en el Panteón Francés. «Tiene su categoría, no cabe duda, pero es el que más parece un cementerio, tan austero, tan depresivo. Es extraño que sea así, pues los franceses siempre parecen tan llenos de vida y de alegría... sobre todo ellas... Renée, Dennise, Viviane...» Y sonrió complacido, «¡guapas muchachas!» Cuando estaba por los cuarenta creía que tener una amante francesa era de muy buen tono y provocaba cierta envidia entre los amigos, pues existe la creencia de que las francesas y las italianas conocen todos los secretos y misterios de la alcoba. Después, con los años y la experiencia, llegó a saber que el ardor y la sabiduría eróticos no son un rasgo racial, sino exclusivamente personal. Había tenido dos amantes francesas por aquel entonces. Viviane no fue nada serio. A Renée se la presentaron en un coctel de la embajada francesa:

—Acabo de llegar... estoy muy desorientada... no sé cómo empezar los estudios que he venido a hacer, usted sabe, un país desconocido...

—Lo que usted necesita es un padrino que la oriente, algo así como un tutor...

La mirada con que ella aceptó el ofrecimiento fue tan significativa, que él supo que podría aspirar a ser algo más que tutor. Y así fue, casi sin preámbulos ni rodeos se habían entendido. Con la misma naturalidad con que algunas mujeres toman un baño o se cepillan los dientes, aquellas niñas iban a la cama. Le había puesto un departamento chico pero agradable y acogedor: una pequeña estancia con cantina, una cocinita y un baño. En la estancia había un cauch forrado de terciopelo rojo que servía de asiento y de cama, una mesa y dos libreros. Renée llevó solamente algunos libros, una máquina de escribir y sus objetos personales. Él le regaló un tocadiscos para que pudiera oír música mientras estudiaba. Ella nunca cocinaba en el departamento, decía que no le quedaba tiempo con tantas clases y se quejaba siempre de que comía mal, en cualquier sitio barato. Los hermanos estudiaban aún, el padre, un abogado ya viejo, litigaba poco. Por lo tanto de su casa le enviaban una cantidad muy reducida para sus gastos. Él no había podido soportar que Renée viviera así y le regaló una tarjeta del Diners' Club para que comiera en buenos restaurantes. Al poco tiempo tuvo que cambiarla a otro departamento más grande y, por supuesto, más costoso. Ella se lamentaba continuamente de que el departamento era demasiado reducido, de que se sentía asfixiar, de que los vecinos hacían mucho ruido y no la dejaban trabajar... Después tuvo que comprarle un automóvil, porque perdía mucho tiempo en ir y venir de la escuela, los camiones siempre iban llenos de gente sucia y de léperos que la asediaban con sus impertinencias; a veces hasta necesitaba pedir ayuda, ¡y claro que él no podía permitir esas cosas! Renée le había gustado mucho, era cierto, pero nunca se apasionó por ella. La relación duró como un año. Después ella empezó a no dejarse ver tan seguido, «tengo que estudiar mucho, reprobé una materia, y quiero presentarla a título de suficiencia, un compañero me va a ayudar...» Cuando ella tenía que estudiar, lo cual sucedía casi todas las noches, él pasaba a llevarle una caja de chocolates o algunos bocadillos; ella abría la puerta y recibía el obsequio pero no le permitía entrar, «estando tú, no podré estudiar y tengo que pasar el examen», le daba un beso rápido y cerraba la puerta con un *au revoir chéri*.

Él se marchaba entonces un poco fastidiado en busca de algún amigo para ver una variedad, o a tomar algunas copas antes de irse a dormir a su casa...

Aquel día le llevó los chocolates como de costumbre. Se había despedido, y ya se iba, cuando notó que llevaba desanudada la cinta de un zapato, se agachó para amarrársela, pegado casi a la puerta del departamento.

Entonces escuchó las risas de ellos y algunos comentarios: «Ya nos trajeron nuestros chocolates. ¡Pobre viejo tonto!», decía el muchacho. Después más risas, después... ¡Lo que había sentido! Toda la sangre se le subió de pronto

a la cabeza, quiso tirar la puerta y sorprenderlos, golpear, gritar; y no estaba enamorado, era su orgullo, su vanidad por primera vez ofendida. ¡Qué buena jugada le había hecho la francesita! Encendió un cigarrillo y le dio varias fumadas. No valía la pena, había reflexionado de pronto, sólo quedaría en ridículo, o a lo mejor se le pasaba la mano y mataba al muchacho y ¿entonces?, ¡qué escándalo en los periódicos! Un hombre de su posición engañado por un estudiantillo, ¡daba risa!

Sus amigos se burlarían de él hasta el fin de su vida, ya se lo imaginaba. Además, toda la familia se enteraría, los clientes que lo juzgaban una persona tan seria y honorable...

No, de ninguna manera se comprometería con un asunto de tal índole. Tomó el elevador y salió del edificio, estacionó su carro a cierta distancia y esperó fumando cigarrillo tras cigarrillo. Quería saber a qué hora salía el muchacho, para estar totalmente seguro. Esperó hasta las siete de la mañana; lo vio salir arreglándose el cabello, bostezando... Después ella lo había buscado muchas veces. Lo llamaba a su oficina, lo esperaba a la entrada, lo buscaba en los bares acostumbrados. Él permaneció inabordable; ya no le interesaba: había miles como ella, o mejores. Dennise no significó nada, se acostó con ella dos o tres veces, y era mucho, pues todos sus amigos y casi media ciudad, habían pasado sólo una vez por su lecho; tenía la cualidad de ser muy aburrida y la obsesión de casarse con quien se dejara, además era larga y flacucha, no tenía nada...

Se decidió finalmente por el Cementerio Jardín, quedaría cerca de su tía Matilde. Después de todo, ella fue como su segunda madre, lo había recogido cuando quedó huérfano y le dio cariño y protección. Ordenaría que le hicieran un monumento elegante y sobrio: una lápida de mármol con el nombre y la fecha. Compraría una propiedad para toda la familia; que pasaran allí a la tía Matilde y a sus hermanos. Comprar una propiedad tenía sus ventajas: como inversión era bastante buena, pues los terrenos suben de precio siempre, aun los de los cementerios; aseguraba también que sus hijos y su mujer tuvieran dónde ser enterrados; no sería nada difícil que acabaran con la herencia que iba a dejarles, ¡había visto tantos casos de herencias cuantiosas dolorosamente dilapidadas! Su ataúd sería metálico, bien resistente y grande; no quería que le pasara lo que a Pancho Rocha: cuando fue a su velorio tuvo la desagradable impresión de que lo habían metido en una caja que le quedaba chica. Pediría una carroza de las más elegantes y caras para que las gentes que vieran pasar su entierro dijeran: debe haber sido alguna persona muy importante y muy rica. En cuanto a la agencia funeraria donde sería velado no había problema, Gayosso era la mejor de todas. Estas disposiciones irían incluidas en el testamento que pensaba entregar a su abogado y que debería ser abierto tan pronto él muriera para darle tiempo a la familia de cumplir sus últimos deseos.

Los días empezaron a hacérsele cortos. A fuerza de pensar y pensar se le iban las horas sin sentir. Ya no sufría esperando las visitas de los amigos, por el contrario deseaba que no fueran a interrumpirlo ni que su secretaria llegara a informarlo o a consultarle cosas de sus negocios. La familia comenzó a hacerse conjeturas al observar el cambio que había experimentado después de tantos días sumido en el abatimiento. Se le veía entusiasmado con lo que planeaba; sus ojos tenían otra vez brillo.

Permanecía callado, era cierto, pero ocupado en algo muy importante.

Llegaron a pensar que estaría madurando alguno de esos grandes negocios que solía realizar. Para ellos este cambio fue un alivio, pues su depresión les hacía más dura la sentencia que se cernía sobre él.

Comenzó por escribir el testamento, las disposiciones para el entierro las dejaría al final, ya que estaban totalmente planeadas y resueltas. La fortuna —fincas, acciones, dinero en efectivo— sería repartida por partes iguales entre su mujer y sus tres hijos; su mujer quedaría como albacea hasta que los muchachos hubieran terminado sus carreras y estuvieran en condiciones de iniciar un trabajo. A Raquel le dejaría la casa que le había puesto y una cantidad de dinero suficiente para que hiciera algún negocio.

A su hermana Sofía, algunas acciones de petróleos; la pobre nunca estaba muy holgada en cuestión de dinero, con tantos hijos y con Emilio que casi siempre terminaba mal en todos los negocios que emprendía. A su secretaria le daría la casa de la colonia del Valle: había sido tan paciente con él, tan fiel y servicial, tenía casi quince años a su servicio... Su hermano Pascual no necesitaba nada, ya que era tan rico como él. Pero su tía Carmen sí, aunque era cierto que nunca tuvo gran cariño por aquella vieja

neurasténica que siempre lo estaba regañando y censurando; en fin, así era la pobre y ya estaba tan vieja que le quedaría sin duda poco tiempo de vida, que por lo menos ese tiempo tuviera todo lo que se le antojara.

Tardó varios días en escribir el testamento. No quería que nadie se enterara de su contenido hasta el momento oportuno. Escribía en los pocos ratos en que lo dejaban solo. Cuando alguien llegaba, escondía los papeles en el escritorio y cerraba con llave el cajón. Todo había quedado perfectamente aclarado para no dar lugar a confusiones y pleitos, era un testamento bien organizado y justo, no defraudaría a nadie. Sólo faltaba agregar allí las disposiciones para el entierro, lo cual haría en cualquier otro momento.

Dos cosas deseaba antes de morir: salir a la calle por última vez, caminar solo, sin que nadie lo vigilara y sin que nadie en su casa se enterara, caminar como una de esas pobres gentes que van tan tranquilas sin saber que llevan ya su muerte al lado y que al cruzar la calle un carro las atropella y las mata, o los que se mueren cuando están leyendo el periódico mientras hacen cola para esperar su camión; quería también volver a ver una vez más a Raquel, ¡la había extrañado tanto!... La última vez que estuvieron juntos cenaron fuera de la ciudad; el lugar era íntimo y agradable, muy poca luz, la música asordina, lenta... A las tres copas Raquel quiso bailar; él se había negado: le parecía ridículo a su edad, podía encontrarse con algún conocido, eso ya no era para él; pero ella insistió, insistió y ya no pudo negarse. Recordaba aún el contacto de su cuerpo tan generosamente dotado, su olor de mujer joven y limpia, y como si hubiera tenido un presentimiento, la había estrechado más.

Cuando la fue a dejar a su casa, no se quedó con ella; no se sentía bien, tenía una extraña sensación de ansiedad, algo raro que le oprimía el pecho, lo sofocaba y le dificultaba la respiración; apenas había podido llegar a su casa y abrir el garaje... Cumpliría estos deseos, sin avisarle a nadie, se escaparía. Después de la comida resultaría fácil: su mujer dormía siempre una pequeña siesta y los sirvientes hacían una larga sobremesa. Él pasaba siempre las tardes en la biblioteca donde había

una puerta que comunicaba con el garaje, por allí saldría sin ser visto. En el clóset de la biblioteca tenía abrigo y gabardina... Cuando regresara les explicaría todo, ellos entenderían. En su situación ya nada podía hacerle mal, su muerte era irremediable. Se quedara sentado inmóvil como un tronco o saliera a caminar, para el caso ya todo era igual... En aquel momento entró su mujer: la tarde estaba fría, llovía un poco, era mejor irse a la cama. Accedió de buena gana y se dejó llevar. Antes de dormirse volvió a pensar con gran regocijo que al día siguiente haría su última salida. Se sentía tan emocionado como el muchacho que se va por primera vez de parranda: vería a Raquel, vería otra vez las calles, caminaría por ellas...

Estaba en la biblioteca, como de costumbre, sentado en su eterno sillón de descanso. No se escuchaba el menor ruido. Parecía que no había un alma en toda la casa. Sonrió complacido: todo iba a resultarle más fácil de lo que había pensado. Eran cerca de las cuatro de la tarde cuando se decidió a salir.

Sacó del clóset la gabardina, una bufanda de lana y un sombrero. Se arregló correctamente y escuchó pegado a la puerta, pero no había la menor señal de vida en aquella casa, todo era silencio, un silencio absoluto. Bastante tranquilo salió por la puerta del garaje, no sin antes haberse colocado unos gruesos lentes oscuros para no ser reconocido. Quería caminar solo. La tarde era gris y algo fría, tarde de otoño, ya casi invierno. Se acomodó la bufanda y se subió el cuello de la gabardina, se alejó de la casa lo más rápido que pudo. Después, confiado, aminoró el paso y se detuvo a comprar cigarrillos. Encendió uno y lo saboreó con gran deleite, ¡tanto tiempo sin fumar! Al principio les pedía siempre a sus amigos que le llevaran cigarrillos, nunca lo hicieron, después no volvió a pedirlos. Caminó un rato sin rumbo, hasta que se dio cuenta de que iba en dirección contraria a la casa de Raquel y cambió su camino. Al llegar a una esquina se detuvo: venía un cortejo fúnebre y ya no le daba tiempo de atravesar la calle.

Esperaría... Pasaron primero unos camiones especiales llenos de personas enlutadas, después siguió una carroza negra, nada ostentosa, común y corriente, sin galas, «debía ser un entierro modesto». Sin embargo, detrás de la carroza, varios camiones llevaban grandes ofrendas florales, coronas enormes y costosas, «entonces se trataba de alguna persona importante».

Venía después el automóvil de los deudos, un Cadillac negro último modelo, «igual al suyo». Al pasar el coche pudo distinguir en su interior las caras desencajadas y pálidas de sus hijos y a su mujer que, sacudida por los sollozos, se tapaba la boca con un pañuelo para no gritar.

\*FIN\*